

dándose en los números, que no solo servían á la sazón para las matemáticas y para la cábala, sino tambien para las operaciones del espíritu, fundaba todas las ciencias y todas las cosas en el número tres; y decia que así como el tiempo tiene tres fases, pasado, presente y porvenir; el cuerpo tres dimensiones, longitud, latitud y profundidad; el silogismo tres términos, premisa, nexos y consecuencia; Dios tres personas; la Iglesia tendrá tres revelaciones: la del Padre, en el Sinaí, que trae el poder, la autoridad, la esencia; la del Hijo en el Calvario, que trae el amor, la caridad, el Verbo; y la del Espíritu Santo en otro monte designado por la historia y que traerá la revelacion sublime de la ciencia. Quizás alguna de estas ideas sobrecogía por completo á los que rodeaban al santo cenobita en aquella hora de su transfiguracion milagrosa, viendo como todos los poderes y todas las grandezas de la tierra se aglomeraban á una sobre las sienas heridas de un prior oscuro de la orden recién fundada del Espíritu Santo. Consuelos necesitó traer ciertamente el paraclito, para que aquel hombre se resolviese á cambiar su montaña por el trono, su cerquillo por la tiara, su vestidura que la naturaleza le tejiera como á las aves del cielo y como á los lirios del valle por el brocado y la pedrería, su cabaña sencilla por los palacios resplandecientes, su trato con las alimañas de la naturaleza por el trato con los aduladores de la corte, sus éxtasis místicos y sus arrobos celestiales que solo demandaban la expansion del alma y la fuerza del sentimiento por la difícil gobernacion de los hombres que piden el disimulo, la reserva, el juicio frio, el cálculo premeditado, la sumision de los afectos á los desnudos y descarnados consejos de la severa inteligencia: cualidades todas incompatibles con la efusion de un alma enamorada de Dios y anhelosa por recibir la santa visita de la muerte.

¡Maravilloso espectáculo! El penitente desconocido é ignorado dirigíase como Papa á la ciudad mas próxima, á la ciudad de Aquila. Arrodillábanse las muchedumbres á su paso en los dos lados del camino. Precedíanle heraldos, sonando instrumentos varios y luciendo múltiples divisas; acompañábanle, como cortejo laico, los señores jurisdiccionales de todas las comarcas circunvecinas, vestidos con sus lujosos arreos y sus varias y nobilísimas preseas; cantábanle alabanzas en armoniosos himnos eclesiásticos multitud de clérigos que por do quier le circuian, ofreciéndole la mirra y el incienso como en

los tiempos evangélicos; dos reyes, el de Hungría y el de Nápoles, servíanle de palafreneros tanto mas humillados y humildes cuanto que el Papa no habia querido ninguna blanca hacanea, ningun brioso palafren, ninguna cabalgadura noble, sino la que sirvió á Cristo el día de la Pascua judaica, para entrar en la Ciudad Santa, entre los ramos de olivo y las vibrantes palmas, el modesto asno sobre el cual iba en su triste y sencillo traje de esparto, como si aquel espectáculo de la suprema miseria honrada por la suprema riqueza indicase un cambio total en el tiempo, la victoria de los pobres y de los humildes sobre todas las soberbias potestades de la tierra.

Transcurrido el primer instante de tamaña fantasmagoría, la realidad se impuso con su incontrastable imposicion. El Cardenal Latino, de quien fuera la extraña idea de aquel nombramiento, murió, afortunadamente para él; pues así no llegó á tocar las fatales consecuencias de su obra. El rey Carlos se apoderó del Papa, como de un dócil instrumento, para sus planes políticos. El primero en comprender la inania de aquella eleccion fué tambien el primero en codiciar su herencia, el célebre cardenal Gaetani. Muchos príncipes de la Iglesia, animados por la recentísima primavera del Renacimiento, que comenzaba á dar ya su calor, tenían grandes inclinaciones á las artes plásticas, aun nacies, y á las letras antiguas aun enterradas; y se dolian, ellos tan elegantes, tan pulcros, tan instruidos en el latin, tan deseosos del progreso de los conocimientos humanos, se dolian de que la corona recayese en solitario é ignorante sacerdote, tardo en el pensar, incierto en el resolver, indócil á las conveniencias del mundo, instrumento por inexperto de las ambiciones régias, incapaz de negarse á ninguna pretension, ignorante de la tierra que hollaba, sin energía de voluntad ni energía de pensamiento; sombra, fantasma, símbolo, entequeia, todo, menos el hombre que pedia á voces el estado de Europa y que reclamaba para mantener su autoridad la alta institucion de los romanos Pontífices, necesitada de tanta fuerza, de tanta soberanía, de tanta majestad y de tanta grandeza por lo mismo que sobre su frente se oscurecian todos los horizontes y bajo sus plantas se encrespaban todas las pasiones.

Fuera de los muros de Aquila recibió el solitario la consagracion el día 24 de agosto de 1294. A fin de que cupiese mas gente, celebróse la grandio-

sa ceremonia en una iglesia externa á la ciudad. Doscientas mil personas dice el Lucense que asistieron al acto. *Fueruntque in sua coronatione plusquam C. C. millia hominum et ego interfui.* La entrada tuvo todas las solemnidades de costumbre, la rasgada estameña se cambió en la roja púrpura, los punzantes cilicios en rica pedrería, el asno de la primera salida en caballo enjaezado con deslumbradores arneses. Pero toda esta riqueza artificiosa no pudo destruir su nativo natural ni cambiar siquiera su profunda complexion. Hijo de las selvas, tenia todos los instintos selváticos. El arte no pudo modificar en él á la naturaleza. Así se asustaba sin motivo, lo concedia todo sin necesidad, pasaba de un estado á otro sin causa, huía de las gentes sin rebozo, temblaba ante peligros imaginarios en su desconocimiento de los peligros reales, tenia salidas de loco, ataques de epiléptico, alucinaciones de místico, fantasmagorías de hechicero, escrúpulos de penitente, todo menos cualidades ni de monarca ni de Papa. Nunca reinó menos un Obispo de Roma, ni reinó mas el cortejo que le rodeaba. Cuantos Cardenales pedia la ambicion, otros tantos otorgaba su insania. El sello pontificio se fijaba donde cualquiera de los allegados á él ponía su índice. Así en vez de creerse rey de los reyes, se creía de los reyes criado. Así en vez de irse á su propia capital, á Roma, se iba á Nápoles, á la capital del monarca que tenia mas cerca. Así entregaba los negocios eclesiásticos á tres cardenales, sin curarse absolutamente para nada del régimen y del gobierno de la Iglesia. Un solitario habia visto en su coronacion doscientas mil personas; un hijo de las montañas habia escuchado en las aparatosas ceremonias los estridentes clarines y las ruidosas trompetas de los castillos y de las cortes; un penitente, que creyera la burda estameña sobrado fina para sus carnes maceradas, habia vestido la púrpura y los encajes; un místico, que solo conversara con los ángeles del cielo, habia departido con los ambiciosos del mundo; un anacoreta, que apagaba su sed en el agua de las fuentes recogida en el hueco de las manos y que hartaba su hambre en las bellotas sacudidas por los añosos encinares, habia comido en los festines eclesiásticos, condoliéndose por tal manera de su servidumbre que forcejeaba en ella como el águila presa en su jaula, y cuando se veía solo y abandonado á sí mismo por las alcobas de los régios palacios, apenábase porque creía oír voces extrañísimas, como eco de sus montañas,

llamamientos de espíritus sobrenaturales, visiones piadosas que le conjuraban á huir prontamente del mundo y á entregarse de nuevo á la maceracion y á la penitencia.

Comparad la vida sin accidentes del campo con la vida trágica de la corte; las grutas tranquilas con los palacios llenos de emboscadas y de sirtes; la luz que despiden las estrellas con el calor que despiden las pasiones; la ingenuidad de sus hermanos en Dios con la doblez de los príncipes y de los monarcas; la fácil plegaria con el difícil cálculo; la expansion de un alma que se evapora en nubes de incienso y se deshace en himnos de alabanzas divinas con las maleficas tortuosidades del gobierno; y decidme si podia por mucho tiempo sostenerse la tiara, es decir, el peso de la tierra sobre el débil cráneo de aquel exaltado fraile. Así la idea de la abdicacion le pasaba por las mientes á cada minuto; y como le pasaba por las mientes á cada minuto, decíanla con sencillo candor los labios obedientes de antiguo á los imperiosos dictados de la idea. Y á mayor abundamiento misteriosas conjuraciones le circuian; desasosegada ambicion le acechaba; y los varios cardenales que lo eligieran, sin saber á ciencia cierta lo que hacian, esperaban todos á una heredarle y sucederle. Pero ninguno lo esperaba tanto, como aquel cardenal Gaetani, que ambicionara desde sus mocedades la tiara y no viera medio alguno de satisfacer su desapoderada ambicion. Y conociendo todos los lados flacos del Papa, y fiando en su cándida inocencia, no le dejaba vivir ni descansar, ni conciliar el sueño con la ficcion continua de clamores, bramidos, voces discordantes demandando la abdicacion del pobre Celestino V, que tanta clemencia encontrara en el seno de los elementos y tanta y tan sañuda inclemencia en el corazon de los hombres.

Por fin cumplió Celestino V su propósito anunciando previamente que iba resuelto á renunciar á la tiara. Muchas gentes se alegraron de tal propósito; pero otras muchas vieron en él un contrasentido incompatible de todo punto con la naturaleza íntima del Pontificado y con su ministerio en la tierra. ¿Cómo podia un Papa desasirse de dignidad completamente vitalicia? ¿Cómo el que sintiera el Espíritu Santo en su cabeza, la autoridad del vicariato eclesiástico en su persona, podia descender de esas alturas, sino por un llamamiento de la muerte? Como Dios no abdica jamás la gobernacion del Univer-

so, un Papa no puede abdicar jamás la gobernacion de la Iglesia. El infalible no debe quedarse sujeto á error; el inefable, que ha ocupado las cimas del mundo moral, no puede convertirse voluntariamente en súbdito de ningun otro mortal. Luego, dos Papas vivos encierran y contienen de grado ó por fuerza un cisma irremediable. Nadie, nadie, puede arrancarle á un Papa la dignidad augusta que le ha conferido una eleccion, porque en esa eleccion, á primera vista natural, Dios, por medios sobrenaturales, ha estado vivo y ha estado presente. Así, en cuanto supo Nápoles el propósito de Celestino V, se conmovió profundamente. Los ciudadanos acudieron en tropel á persuadirle; los mendicantes, á cuya religion pertenecia el Papa, le conjuraron á que no abandonase la sede pontificia; los clamores eran tantos y tales que se creeria triunfante una revolucion. Pero Celestino V solo escuchaba las voces interiores de su alma y solo veia las interiores visiones que le impulsaban al apartamiento y al retiro. Mientras fué solitario, los aires del campo oreaban las lágrimas de sus mejillas; las aves del cielo se unian á las cadencias de sus plegarias; los árboles de las selvas formaban como bóvedas para ofrecerle templo donde adorar á su Dios; las piedras de las montañas se erguan como aras sacras de altares gigantescos; el rocío de la mañana bajaba hasta su frente como lágrimas de ángeles invisibles; y en el mundo, el fragor de las pasiones le ensordecia, el puñal de la traicion se le clavaba en el pecho, obstruíanle mil obstáculos todos los caminos del cielo; y si abria los oidos al llamamiento de voces sobrenaturales, solo escuchaba el eco de infernal vocinglería, salido del insondable averno y disipado en los venenosos aires, empujándole con avasallador empuje á la abdicacion y al arrepentimiento. Tras cinco meses de proceloso reinado, el 13 de diciembre de 1294, despues de leida una bula que declaraba válidas las abdicaciones y renunciaciones pontificias, descinóse la púrpura y se vistió la estameña, dejó la corte y se lanzó en brazos de la naturaleza, arrancó á sus labios las vanas fórmulas del mundo para devolverles las ingenuas oraciones del éxtasis; y aquel ánimo imprudente en el solio, aquella inteligencia inexperta en la política, aquel ingenio por la fortuna oscurecido recobraron su calma en cuanto descendieron de las luminosas cimas del mundo al anticipado sepulcro de sus austeras penitencias.

Pero ¡ah! que no debía encontrar el infeliz tranquilidad alguna, sino en el

seno de la muerte. Sucedióle, como era natural, quien mas lo habia deseado y quien mas medios habia tenido para ello, el ambicioso cardenal Gaetani, que formaba con él un exagerado contraste. Era el uno humilde y el otro soberbio; el uno inexperto y el otro expertísimo en las cosas del mundo; el uno ignorante y el otro sabio; el uno dado á los éxtasis y el otro dado á las ambiciones; el uno de bajo origen y el otro de alta extraccion; el uno todo misticismo y el otro todo sentido práctico y vida puramente prosaica; el uno extraño á todos los lazos y relaciones del mundo y el otro mundano y nepotista al extremo de fundar con su familia una oligarquía feudal en torno del Pontificado. Notario apostólico en tiempo de Nicolás III, cardenal nombrado por Martin IV, Nuncio en varias ocasiones, su conocimiento del mundo, su facilidad de palabras, su instruccion vastísima en los cánones, su habilidad sin igual en las competencias diplomáticas, su ingenio flexible y vario, sus aptitudes universales, la majestad augusta de su figura distinguidísima, la prestancia incomparable de su aristocrática persona, todas estas cualidades se hallaban contrastadas por un vicio irremediable, por un desprecio grandísimo á los hombres, que se acrecentó naturalmente al verlos desde las alturas del poder, desde esas eminencias que todo lo achican, puestos de rodillas y hundidos en el miserable polvo de la adulacion y de la servidumbre. Con sus altas calidades, con su fijeza en el pensar, con su constancia en el querer, con su facundia en el decir, acaso hubiese pertenecido á la estirpe de Gregorio VII y de Inocencio III, á no faltarle cierta fe superior, sin la cual no se conciben las grandes vocaciones, y de no sobrarle dos afectos feísimos, que todo lo manchan y corrompen, á saber, la ambicion y la envidia. Sobre todo, y ante todo, lo que le faltó para su grandeza fué el tiempo, en que los otros habian trabajado, y las generaciones que los otros habian á su disposicion tenido. Las catedrales góticas subian á las alturas con sus maravillosas ojivas recogiendo la luz del cielo en los vidrios de colores; el órgano henchia de melodiosas cadencias los espacios de los templos; la lira épica lanzaba aquellos sublimes tercetos en que hervian las inspiraciones teológicas; la pintura comenzaba á traer los bienaventurados del cielo á la tierra en místicos íris; las ciencias eclesiásticas daban con la Suma teológica la mas sublime síntesis á sus tradiciones y á sus pensamientos; caia el Imperio que compitiera tanto tiempo con